

JIMÉNEZ RAMOS, María, *Ana María Vidal-Abarca, el coraje frente al terror*, Catarata, Madrid, 2020, 157 pp.

Ana María Vidal-Abarca fue una mujer excepcional. Esa es la principal conclusión que se desprende de la biografía de 157 páginas que firma la periodista e investigadora María Jiménez.

El libro narra la vida y la obra de Ana María Vidal-Abarca, fallecida en 2015. Viuda de un asesinado por ETA, el comandante del Ejército y jefe del Cuerpo de Miñones de Álava Jesús Velasco, y fundadora de la Asociación de Víctimas del Terrorismo, fue una de las pioneras en la defensa de los derechos de los damnificados por la violencia terrorista en España.

La obra está estructurada en catorce capítulos, además del prólogo firmado por la hija mayor de la protagonista y el epílogo escrito por Fernando García de Cortázar, historiador y amigo de la familia. Los tres primeros —«Entre Postas y la Florida» (pp. 11-18), «Jesús Velasco» (19-30), «El deber como sentido» (31-45)— se centran en las vidas de Ana María y Jesús antes del 10 de enero de 1980, el día que seis balas a quemarropa mataron a Jesús Velasco. Las primeras páginas se remontan a la Guerra Civil para describir el origen de las familias Vidal-Abarca López y Velasco Zuazola, pero pronto avanzan en el tiempo y recorren el noviazgo, la boda y los nacimientos de las cuatro hijas del matrimonio. Narran también los cambios de destino militar de Jesús y el esperado asentamiento definitivo en Vitoria a partir de 1967. Los años setenta fueron un tiempo feliz para la familia, con el nuevo cargo asumido por el padre —entró en el Cuerpo de Miñones en 1974 y fue nombrado jefe poco después— y con la mudanza a «la casa de sus sueños». Sin embargo, también fueron años de tensión, especialmente patente en Vitoria desde los sucesos del 3 de marzo de 1976, con las calles cada vez más revueltas y un aumento de la presión terrorista que llegó a su cénit en 1980. Tres años antes, en 1977, tuvieron lugar dos hitos en la vida de Ana María: su nombre apareció en la candidatura electoral de Alianza Popular y se aprobó la Ley de Amnistía que sacó a la calle a los etarras encarcelados. Algunos de los amnistiados regresaron a las filas de ETA. Entre ellos, los asesinos de Jesús Velasco.

El cuarto capítulo, breve e intenso, se titula precisamente «El asesinato» (46-53). Recoge el relato minucioso del crimen, así como dos escritos firmados por las hijas mayores del matrimonio, Ana y Begoña, que cuentan cómo vivieron aquel momento, la primera desde Madrid y la segunda a pocos metros del lugar del asesinato.

Los tres capítulos siguientes —«El grito de una viuda» (54-63), «Los asesinos y sus cómplices» (64-74), «Los ecos del crimen» (75-79)— ahondan en tres líneas distintas en los acontecimientos posteriores al atentado. El primero, en la interpretación del asesinato y las tensiones que generó en las altas esferas y en la

familia, que no estaba de acuerdo con la versión de que Jesús había sido atacado por su condición de jefe de Miñones, sino por la de comandante del Ejército español. El segundo, en la identidad y la historia, previa y posterior al crimen, de los asesinos. Y el último, en el eco que suscitó el asesinato, como reflejaron las cartas y artículos que publicó la prensa y que recoge el libro.

Los capítulos 8 a 11 —«Tres mujeres frente a Goliat» (80-86), «Años de soledad» (87-97), «El cambio de rumbo» (98-102), «La lucha por los derechos de las víctimas» (103-123)— son un retrato del afán de justicia y de la valentía de Ana María Vidal-Abarca a través de la historia de la asociación que fundó junto a otras dos afectadas por el terrorismo, Sonsoles Álvarez de Toledo e Isabel O'Shea, a las que conoció cuando se trasladó a Madrid. Desde una posición económica y social relativamente confortable, estas mujeres lo apostaron todo para ayudar a otras familias golpeadas por el terrorismo y abandonadas por la administración y la sociedad, y fundaron la Hermandad de Familiares de Víctimas del Terrorismo, legalizada en 1981. «Ellas tres, que pudieron haber elegido una vida más cómoda, prefirieron complicarse ante una realidad que, como comprobaron poco después, era más dura aún de lo que imaginaban» (p. 85). El libro relata cómo se organizaron, qué labores asistenciales y políticas intentaban llevar a cabo y las dificultades que afrontaron en los ochenta, en gran medida debidas a la falta de conciencia social y de atención de los medios y de las instituciones. Narra también el impulso definitivo a partir de 1987, cuando la hermandad se convirtió en la Asociación de Víctimas del Terrorismo y cuando sus acciones empezaron a tener eco público y resultados palpables. Dos de los más importantes, quizá, el comienzo del cambio en la percepción social de las víctimas y la aprobación de la Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo de 1999. La obra tampoco oculta los problemas internos en la asociación ocurridos en los dos mil, cuando Ana María ya se había retirado.

Los últimos tres capítulos —«La vida después» (124-129), «El legado de Ana María Vidal-Abarca» (130-145), «Conversación con los nietos» (146-150)— recogen los últimos años de vida de la protagonista, su entereza ante la enfermedad y las muestras de cariño y reconocimiento que recibió antes y después de su fallecimiento. El último capítulo, fruto de una conversación con los nietos, es el broche perfecto, el retrato más personal y la mejor muestra del legado que deja Ana María Vidal-Abarca. Lo resume su nieto Santiago: «Es el mayor modelo, al que aspiro y que nunca alcanzaré» (p. 148).

El estilo de la obra delata la formación periodística de la autora, que cuenta con varios trabajos en torno al terrorismo —*Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra* o *Heridos y olvidados*—. El relato de la vida de Ana María Vidal-Abarca está construido desde el rigor académico y la exhaustividad —Jiménez ha entrevistado a más de treinta personas y se ha documentado ampliamente en obras de referencia y archivos—, pero además es un texto narrativo y visualmente atractivo —una colección de fotografías contribuye a lo segundo—. Pre-

senta, asimismo, otro valor añadido: incorpora escritos, ya publicados e inéditos, de personas que conocieron a la protagonista que ayudan a imaginar lo que su figura y su trabajo supusieron para los que la trataron, así como para toda la sociedad española, a la que azuzó para que abriera los ojos ante la barbarie terrorista.

En definitiva, la virtud de esta obra no solo descansa en que dibuja una imagen cercana y rigurosa de una mujer ejemplar, valiente y comprometida en su defensa de los derechos de las víctimas del terrorismo. También está en su capacidad para mostrar, desde una historia personal, cómo ha evolucionado la consideración social de los damnificados por la violencia terrorista desde los *años de plomo* hasta hoy. Y en el acierto de hacerlo a través de un relato bien narrado y que puede acercar esta parte relevante de la historia reciente a un público alejado de los textos académicos, al tiempo que deleita a quienes están acostumbrados a ellos.

*Roncesvalles Labiano Juangarcía*